

Simón. Sí; la pena del talión.
Sea el vino su castigo,
Pues por el vino pecó.

(*Don Tomás sujeta á don Liborio y don Enrique á don Simón. Los demás hombres se esfuerzan á poner paz. Las mujeres se desvían chillando.*)

Lib. Si no mirara...
Simón. Dejádme
Desfogar mi indignación
En ese trasto...

Ant. ¡Eh! ¡Señores!...
Melch. ¡Ay! Un combate... ¡Qué horror!...

Yo fallezco.

(*Cae desmayada en una silla. Sus hijas y otros interlocutores acuden á su socorro.*)

Ant. ¡Esto faltaba!
Jes. ¡Ay, mamá!
Merc. ¡Se desmayó!
Ant. Acuda el señor don Frutos
Á ejercer su profesión.

Frut. No tengo aquí el botiquín...
No obstante; voy..., allá voy...

(*Suelta el brazo de doña Lucía y acude también á socorrer á doña Melchora, haciéndola oler un frasquillo que saca de la faltriguera. Los criados retiran las sillas.*)

Simón. ¡Ah! Mi mujer queda sola...
(*Corriendo á tomar el brazo de doña Lucía.*)

Tomaremos posesión.

Ant. (¡Cómo entiende ese pobre hombre
Las leyes del pundonor!
¡Mientras por una simpleza
Se muestra airado y feroz,
No se atreve á ser marido
Sino... por sustitución!)

Melch. ¡Jesús!...
Tomás. Ya vuelve y por fin

La paz se restableció.
Ahora ¿qué hacemos?

Lib. Bailar.
Joaq. ¡Un rigodón!

Los demás jóvenes. ¡Rigodón!
Simón. (Don Frutos vendrá...) Si quieres,
(*Á su mujer en voz baja.*)

Bailemos juntos los dos,
Esposa del alma.

Lucía. Bien.
Ant. ¿Pasó? (*Á doña Melchora.*)

Melch. Sí; ya estoy mejor.
Ant. Beltrán, retira esa mesa.

Bel. Bien. Ayuda tú, Asunción.
(*Retiran la mesa Beltrán y la criada, y desaparecen por la derecha.*)

ESCENA II

DON ANTONIO, DOÑA CELEDONIA,
DON TOMÁS, DOÑA RUPERTA, DON
LIBORIO, DOÑA LUCÍA, DON FRU-
TOS, SABINA, DON SIMÓN, JESUSA,
DON ENRIQUE, MERCEDES, DON
JOAQUÍN, DOÑA MELCHORA

Frut. Señora, si usted se digna
(*Á doña Lucía dejando sentada á doña Melchora.*)

De bailar conmigo...
Lucía. Estoy

Comprometida.
(*Se ponen en baile Mercedes y Jesusa con sus novios.*)

Jes. Nosotras
Ya estamos en baile.

Simón. Y nos.
(*Entrando en la danza con doña Lucía.*)
(*Don Liborio toma la guitarra, que está al pie de un árbol, y la templa sentada junto á doña Melchora.*)

Frut. Señora, si gusta usted
(*Á doña Ruperta.*)

De favorecerme...
Rup. ¡Oh!

Yo no dejo á mi marido.
Tomás. Gracias por tanto favor,
Mujer, pero estoy seguro

De dar cada tropezón...
Rup. No importa.

Tomás. Si yo no entiendo...
(*Siguen hablando entre sí don Tomás, doña Ruperta y don Frutos.*)

Lib. Y Sabina, que es el sol
De Madrid, ¿no ha de bailar?

Melch. Que la saque su tutor.
Ant. Aunque ha siglos que no bailo,
(*Acercándose á Sabina.*)

Tendré mucho gusto...
Sab. Y yo.

(*Doña Ruperta y su marido salen á bailar; don Frutos se dirige á Sabina.*)

Frut. Sabinita, gusta usted...
Sab. Agradezco la atención,

(*Saliendo á bailar con don Antonio.*)

Mas ya estoy comprometida.
Simón. (Todas le dicen que no.

¡Oh delicia!
Rup. Vamos...

(*Á don Liborio.*)
Lib. Falta

Una pareja.
Frut. Si soy (*Á doña Celedonia.*)

Tan dichoso que merezco...
Cel. ¿Hago falta?

Frut. Está de non
Una pajera.

Cel. Corriente.
Por ser el día que es hoy...

(*Se ponen también en baile colocándose en frente de don Simón y doña Lucía.*)

Tomás. ¡Tú quieres que haga el payaso!
(*Á su mujer.*)

¡Sea por amor de Dios!
Simón. (Á cada paso, de fijo,

Voy á hacer un *quid pro quó*,
Mas se le juego de puño

Al consabido gachón.)
Lib. ¿Estamos?

Joaq. Sí.
Lib. ¡Pues á una!

(*Tocando rigodón.*)

(*Rompen el baile las dos parejas que forman Jesusa y Mercedes con don Enrique y don Joaquín, una mirando al público y otra dándole la espalda. Las demás hablan aparte.*)

Melch. Mire usted con qué primor
(*Á don Liborio.*)

Bailan mis niñas!
Lib. ¿Han sido

Discípulas de *Acrillón* (1)?
Melch. No, señor. Ellas entre ellas...

Con su talento precoz...
Ant. ¿Recuerdas, Sabina mía,

(*En voz baja.*)

Aquella conversación?...
Sab. ¿Cuál?

Ant. La del jardín...
Sab. ¡Ah! Sí...

Ant. Vaya, ¿y qué dices? ¿Me doy
El parabién?...
Sab. ¡Que nos oyen!

¡Que nos miran! Mi rubor...
Ant. Pero, hija...

Sab. Si sabe usted
Que yo..., pues... Mi corazón...

Ant. ¡Oh! es preciso que me digas
Sí, ó no.

Sab. Pues... si, señor.
Rup. No quitas ojo á Mercedes.

(*Á media voz á su marido.*)

Tomás. ¡Oh!... Por San Pascual Bailón,
Mujer...

Lib. Ustedes ahora.
(*Rompen el baile las parejas de los costados, y don Simón y don Tomás lo embrollan todo.*)

Frut. No va usted bien.
(*Á don Simón.*)

Rap. ¡Así no!

Lib. ¡Compás! ¡Compás!

Cel. Esa mano...
(*Á don Tomás.*)

Simón. Mi pareja...
Tomás. ¿Dónde estoy?...

Sab. Por aquí... Cadena inglesa...
Simón. Ya hemos hecho un fricandó
Que ni el diablo...

Tomás. ¡Eh! Yo me canso.
(*Sentándose.*)

Lib. ¡Y ahora ha saltado el bordón!
Cesó el baile.

(*Se levanta sin dejar la guitarra.*)

Melch. Pues daremos
(*Levantándose.*)

Un paseo.
Rup. Eso es mejor.

Lib. Vaya el brazo, Sabinita.
(*Sabina lo toma. Doña Melchora se apodera del de don Simón, que en la confusión del baile había quedado cerca de ella y lejos de su mujer. Los demás interlocutores se reúnen á su pareja acostumbrada, menos doña Celedonia y don Antonio.*)

Melch. Venga el brazo, don Simón.
Simón. Señora... ¡Maldita! — ¡Bravo!

¡Otra vez me suplantó!...

Ant. (Ahora también se la llevan...
¡Es mucha persecución!)

Cel. Quédese usted, don Antonio.
(*Deteniéndole.*)

Tenemos que hablar los dos.
(*Vanse los demás por la izquierda.*)

ESCENA III

DON ANTONIO, DOÑA CELEDONIA

Cel. ¿Con qué también en la red
Ha caldo don Antonio?

(1) Famoso domador de caballos y director de una compañía de ejercicios ecuestres, que por espacio de bastantes años estuvo muy en boga en Madrid.

¿Ó es un falso testimonio
Que le han levantado á usted?

Ant. Hable usted claro.

Cel. Es capricho

Que ni el diablo lo imagina.

¡Casarse usted con Sabina!

Ant. ¿Quién lo ha dicho?

Cel. Ella lo ha dicho.

Ant. ¿Y usted no lo aprueba?

Cel. No,

Que es una boda fatal...

Ant. Mío será el bien ó el mal,

Que quien se casa soy yo.

Cel. Usted verá cómo llora

Su locura. Cuando menos

Piense...

Ant. Cuidados ajenos

Matan al asno, señora.

Cel. ¡Quitarle su libertad!

¡Oprimir á una hermosura

Inocente!...

Ant. Por ventura

¿Fuerzo yo su voluntad?

Cel. Pero ¿es posible que cuadre

Á moza que no ha cumplido

Los veinte años un marido

Que pudiera ser su padre?

Ant. Padre y marido seré,

Si padre he sido hasta hoy.

Tanto mejor si le doy

Doble prenda de mi fe.

Cel. ¡Pasión temeraria y loca!

Nunca su boca podrá

Pronunciar el sí...

Ant. Pues ya

Lo ha pronunciado su boca.

Cel. Podrá ser : yo lo concedo...

Ant. Pues bien; ¿qué más quiero yo?...

Cel. Pero no lo pronunció

El amor; no, sino el miedo.

Ant. ¿Miedo á mí que no la riño

Ni en chanza y, usted lo ve,

No hay día que no le dé

Mil pruebas de mi cariño?

Quizá me engaña el deseo,

Quizá el amor me fascina;

Podrá no amarme Sabina;

Mas ¿temerme? No lo creo.

Cel. ¿Y usted no la teme á ella?

Ant. No, que es paloma sin hiel.

Cel. ¿Sabe usted si será fiel

Como sabe usted que es bella?

Ant. Cuando tiente Satanás

El alma de una mujer,

Lo mismo vienen á ser

Viente años que veinte más.

Quien tiene fe; en la fortuna

No teme á Juana ni á Menga;

Se casa... Quien no la tenga,

No se casa con ninguna.

Cel. Pero el público cavila,

Y murmura sin pudor

De todo humano tutor

Que casa con su pupila.

Ant. ¡Válgate Dios!

Cel. Es una hacha

La lengua de algunos.

Ant. ¡Pues!

Cel. Lo achacarán á interés...

Ant. Sí; dote el de la muchacha...

¿Y no pago yo mi escote

En el contrato nupcial?

¿No monta mi capital

Diez veces más que su dote?

Cel. Ya sé yo que la codicia

No cabe en usted. Con todo,

Lo mirarán de otro modo

Los que piensen con malicia.

Usted teme que la bella

Se case mal, y por eso

En un paternal acceso

Se quiere casar con ella.

Á usted le hace mucho honor

Ese pensamiento estoico

De llevar á un gardo heroico

Los deberes de tutor;

Pero, sin esa extremada

Funesta medida, hay mil

Para que vuelva al redil

La ovejilla descarriada.

Si no acomoda el doncel

Que ella eligió...

Ant. Le detesto.

Cel. Pues... ¡buen apuro! otro al puesto.

Ant. ¿Ya no aboga usted por él?

Cel. No, señor; ni me avergüenzo

De cantar la palinodia.

Cuando usted tanto le odia.

Malo será : Me convenzo;

Y pues cede ella también,

No hay que ponerla en un potro.

Ya le buscaremos otro

Que á todos parezca bien

Ant. ¡Buen será el que tú escojas!

Es cosa muy singular

Que ahora... Pero eso es tomar

El rábano por las hojas.

No voy á casarme, no.

Téngalo usted entendido,

Porque ella tenga marido,

Sino para serlo yo.

Cel. ¡Qué mal hace, don Antonio,

El que en edad ya madura

Á navegar se aventura

Por el mar del matrimonio! —

Mas ¿qué digo? ¡Hablar yo así!

ESCENA IV

Doña CELEDONIA

¡Oiga usted!... Me ha sofocado.
Con ese genio tan dulce
Es un lagarto... ¡Ya, ya!
Ni lágrimas le seducen,
Ni valen las indirectas,
Ni aprovechan los embustes.
¡En qué conflicto me pone!
¡Mala bomba le sepulte!
Ó la pupila le acepta
Por marido, y da de bruces
Mi autoridad y en la casa
Voy á ser un trasto inútil;
Ó dice que no el domingo
Y soy despedida el lunes.
¡Espantosa alternativa!
No es posible que renuncie
La muchacha á su galán,
Que harto ha prendido la lumbre
Para que el tutor la apague
Con el cierzo de su octubre.
Si yo vuelvo por pasiva
Mis consejos de costumbre
Y la digo que aborrezca
Al que ayer puso en las nubes,
La muchacha, que no es boba
Ni, como tantas, voluble,
Conocerá mi artificio,
Y unida con su querube
Me enviará noramala :
Y entonces ¿á quién acudes,
Celedonia? No hay remedio.
Ya es fuerza que me aventure
Á seguir su suerte. Así
No queda al menos impune
El desprecio soberano
Con que oyó mis pesadumbres
Ese caribe. Veremos,
Y pronto será, quién sufre
Mayor tormento; él ó yo. —
Allí mis ojos descubren
Á Agustín... Me ha visto. Viene...
Mejor. Sin que yo le busque...

ESCENA V

Doña CELEDONIA, DON AGUSTÍN

Cel. Ya llegó el momento crítico,
Agustín.

Agust. ¿Cómo? ¿Qué ocurre?

Cel. Por más que le he predicado,

¡Yo, que me abrasso en secreto,
Á dar consejos me meto
Que he menester para mí!
Pero al menos mi cariño
Es algo más racional,
Que quiero á un tal para cual;
No á ningún barbilampiño.

Ant. Pero... (Fastidiado.)

Cel. Y como días ha
Que él confiesa, y yo comulgo,
Y... ¡pues! ¿quién sabe si el vulgo
Por comido nos lo da?

Ant. El vulgo será muy tonto...

Cel. Y mi honor acrisolado

Peligra...

Ant. ¡Ca! No hay cuidado.

Cel. ¿Cómo?... ¡Yo...!

Ant. Acabemos pronto

¿Á qué á la tema volver

Si, lo digo sin reparo,

Aunque usted me hable más claro

Yo no la quiero entender?

Si es broma, basta de broma;

Si ese venerable pecho

Arde de amor, buen provecho

Y con su pan se lo coma.

Si, es usted fátua ó demente,

Cordial pésamele le doy;

Si piensa que yo lo soy,

Se engaña completamente.

En cuanto á mí, sólo trato

De casarme con mi bella

Pupila; sólo con ella,

Ó muero en el celibato.

Cel. ¿Cierto? (Vaya; eso ¡tal cual!)

(Se rie.)

Ja, ja... ¿Con que usted creyó
Que hablaba de veras yo?

Ant. Créalo, ó no, me es igual.

Pero yo no hablo de chanza.

Ó Sabina es mi mujer,

Ó... yo sé lo que he de hacer

Si se frustra mi esperanza.

La culpa, ya es evidente,

No será de ella ni mía,

Sino...

Cel. ¿De quién?

Ant. De su tía.

Cel. ¡Jesús! Quién lo diga miente.

Ant. No alborotemos el valle.

Claro : ó con mi dulce encanto

Me casa usted, ó la planto

De patitas en la calle.

(Vase por a izquierda.)

Por más que con tono lúgubre
Le he pintado los peligros
Á que su amor le conduce,
Si cabe amor en un alma
Que la avaricia consume,
No hay forma de que el tutor
Se convenza y capitule.
Ya no hay que andarse con paños
Calientes. La cosa urge...

Agust. Pues ¿cómo?...

Cel. Ha sido preciso

Que Sabinita pronuncie
Un sí falaz; pero ese hombre,
Que ya se juzga en la cumbre
De la gloria, porque todo
En su favor lo traduce,
Tiene empeño en que la boda
Al momento se efectúe.

Agust. ¿Y qué importa, si Sabina
Me mira como á su numen
Tutelar, y sólo á mí
La unirán indisolubles
Los lazos del matrimonio?

Cel. No creas, no, que yo dude
De su amor; pero hasta el hierro
Se quebranta sobre el yunque
Á fuerza de machacarlo;
Y don Antonio Bermúdez
Es muy machacón, y astuto...
Más de lo que tú presumes.
Á todas horas la ve,
Y, al fin y al cabo, algo influye
La autoridad de tutor;
Y tú, aunque eres tan ilustre,
Sólo puedes á Sabina
Ofrecer suspiros fúnebres,
Y promesas, y lisonjas,
Y otros lugares comunes;
Mientras el tutor, abriendo
Sus gavetas y baúles,
Con mejor artillería
Será más fácil que triunfe.

Agust. Me hace usted temblar.

Cel. Quizá

Sin justa razón injurian
Mis sospechas á Sabina,
Pero hay tan poco chirumen
En las chicas de su edad,
Que, en verdad, no me haré cruces
Si á la intriga y á las dádivas
Tarde ó temprano sucumbe.

Agust. Ha hablado usted como un libro,
Que este siglo de las luces,
Con perdón del bello sexo,
Ni Heros ni Tisbes produce,
Y pocas Danaes cuenta
Que si en refulgente nube
Llueve doblones á ocho

Cierren el balcón á Júpiter. —

Mas no es la mitología

En este caso tan útil

Como burlar al tutor

Antes que el tutor nos burle.

Cel. Pues... — Pero aquella es Sabina.

(*Mirando á la izquierda.*)

Viene sola. No te ocultes.

(*Á don Agustín, que se retiraba.*)

ESCENA VI

Doña CELEDONIA, DON AGUSTÍN,
SABINA

Cel. Sabina, ¿estamos seguros?

Sab. No hay temor de que nos oigan.

Reunida la tertulia

Está de gresca y de broma...

¡ Dichosos ellos!

Cel. ¿Qué tienes?

Agust. Vienes pálida, llorosa...

Cel. ¿Te ha hablado el tutor?

Sab. ¡ Ah! Sí.

Cel. ¿Te ha dicho algo de la boda?

Sab. Sí. ¡ Pobre señor!

Agust. ¡ Qué escucho!

¿Tienes tú misericordia

De ese Nerón?

Sab. ¿Y si es cierto

Que el desdichado me adora?

¡ Me ha hablado con tal ternura!...

¡ Ah! Cuando los ojos lloran

Como los suyos lloraban,

No puede mentir la boca.

Agust. ¡ Sabina!

Cel. ¡ Sabina!

Sab. Al ver

Su inquietud y su congoja,

Yo también me he conmovido.

Cel. ¡ Cómo!...

Sab. Y no sé qué zozobra

Interior... « Sabina amada,

Me ha dicho, mi bien, mi gloria

Cifro en aspirar á darte

El dulce nombre de esposa;

Pero tu ventura anhelo

Aun más que la mía propia.

Si no la esperas de mí,

Aun tienes tiempo; revoca

Aquel sí de bendición

Que con risa encantadora,

Articulaste no ha mucho,

Y mi flaqueza perdona.

Humo mi dicha habrá sido,
Sueño, locura... ¿Qué importa?

¿No vale más que me aflija

Alguna amarga memoria,

Que maldecir nuestro nudo

Y á Dios rogar que lo rompa

Con mi muerte? » — Yo le oía.

Muda, estremecida, absorta...

¡ Ah, qué escena!

Cel. ¿No lo dije?

(*En voz baja á don Agustín.*)

Eres una pobre tonta. (*Á Sabina.*)

¿Y qué has respondido?...

Sab. Yo...

¿Qué sé yo, tía Celedonia?

Ni sabía dónde estaba,

Ni qué hacía, ni...

Agust. ¡ Esta es otra!

Sab. Mas pienso que mi respuesta

Ha sido satisfactoria,

Pues me ha besado la mano

Muy contento y muy...

Agust. ¡ Traidora!

Sab. ¡ Pues! ¡ Ahora me acusas tú!

¡ Oh! Van á volverme loca

Entre los dos.

Cel. Pero, niña,

Tan perspicaz hasta ahora,

Tan taimada, tan resuelta,

¡ Y á lo mejor te abandona

La estrategia mujeril!

Sab. Es que... como soy bisoña...

Y él apuraba... ¡ Dios mío!...

Aquí me caigo redonda

Si nos sorprendre.

(*Se aparta un poco y mira adentro con*

mucha inquietud.)

Agust. ¡ Sabina!

(*Aparte con doña Celedonia.*)

Mucho temo una derrota.

Cel. Apelemos á los grandes

Recursos de la oratoria

Sentimental.

Sab. Nadie viene,

(*Volviendo á la escena.*)

Mas tengo miedo á mi sombra.

¿Qué haré, Dios mío?

Agust. ¿Qué harás?

Lo que suelen hacer todas.

Sacrificar á tu amante

Porque interés y lisonja

Triunfaron de la constancia

Que prometiste engañosa,

Y decir: « oros son triunfos »

Camino de la parroquia,

Tú que decías ayer:

« Contigo pan y cebolla. »

Sab. Por Dios, no me digas eso,

Que mi amargura redoblas.

Yo te adoro, pero al cabo,

No es mi corazón de roca,

Y ver penar por mi causa

Á un infeliz... ¡ En mal hora

Con mi culpable mentira

Turbé su paz y en la copa

Que deleites le brindaba

¡ Ay! le di mortal ponzoña!

Agust. Pues bien, ingrata; aun no es

[tarde

Para que tú le socorras.

¿Qué dudas? ¿Por qué á sus pies

Desolada no te postras

Y le foreces por antídoto

El afecto que me robas?

Sab. ¡ Agustín!

Cel. Mejor sería

Darle jarabe de goma

Para curarle la tos

Que por la noche le ahoga,

Amén de otros alifafes

Y los síntomas de gota.

Sab. ¡ Tía!

Agust. Arrójate en sus brazos,

Víctima propiciatoria,

Y el ébano de tus rizos

En su pelo gris embosca,

Y hunda su marchito labio

En tus mejillas de rosa.

Sab. ¡ Horror!

Cel. Y sufre que el mundo

Infiel te llame y apóstata.

Sab. ¡ Jamás!

Agust. Y sirve de ripio

Á las columnas periódicas.

Cel. Y de escándalo á los ciegos.

Agust. Y ¡ ay de ti si te hace coplas

El *Estudiante!* (1)

Cel. ¡ Ay de ti

Si por su cuenta te toma

Fray Gerundio!

Sab. ¡ Por piedad!...

Cel. Pasará el pan de la boda...

Quizá demasiado pronto,

Y empezará la carcoma

De los celos... Porque, al fin,

Eres niña, eres hermosa,

Y el tutor...

Sab. ¡ No más!

Agust. ¡ Qué vida

(1) Pseudónimo adoptado por el señor don Antonio María de Segovia en sus escritos festivos. Con el de *Fray Gerundio*, que más abajo se cita, ha sido también más conocido que con su propio nombre el señor don Modesto Lafuente.

Te espera! ¡Qué amargas horas!
¡Adiós, paseo y teatro!
¡Adiós, vestidos y joyas!
Te cerrará á piedra y lodo
Balcones y claraboyas.

Sab. ¡Por Dios!... Si yo...

Cel. Ni aun á misa

Podrás salir sin escolta.

Agust. Tu risa será traición;
Tus lágrimas sospechosas.

Cel. Y en tu acción más inocente
Pensará ver su deshonra.

Agust. Te matará á pesadumbres,
Y así acabará la historia.

Sab. ¡Válgame Dios!... ¿Quién ha dicho
Que yo he pensado tal cosa?...

Agust. Mas no seré yo quien vierta
Sobre el nicho que te esconda

Llanto inútil, que primero
Cubrirá la fría losa

Mi cadáver...

Sab. ¡Justo Dios!

Agust. Sí, cruel. Aquí fué Troya.

(Sacando una pistola.)

Esta pistola cargada

Con tres balas y una posta...

Sab. ¡Detente, Agustín! ¡Bien mío!...

Haré lo que tú dispongas.

Tuya soy.

Cel. Basta. El amor

Sus santos fueros recobra.

Los momentos son preciosos. —

Guarda pronto esa pistola. —

¿Eres tú capaz, Sabina,

De una acción sublime, heroica?

Sab. Sí. Ya he dicho...

Agust. Siento pasos...

Cel. Apártate de nosotras

Y síguenos con la vista.

(Don Agustín desaparece por entre los árboles hacia el último bastidor de la derecha.)

ESCENA VII

Doña CELEDONIA, SABINA

Sab. ¿Será el tutor?

Cel. No. Es el posma

De don Simón.

Sab. Aquí llega.

Cel. ¿Sí? Vamos.

(Tomándola del brazo.)

Sab. ¡Virgen de Atocha!

¿Qué va á ser de mí? Yo tiemblo.)

Cel. (Ya puedo cantar victoria.)
(Vanse por la derecha, y al mismo tiempo llega por la izquierda don Simón.)

ESCENA VIII

DON SIMÓN

Por fin ya me veo libre
De la atroz doña Melchora,
Y para mayor consuelo
Se agarra sin ceremonia
Al brazo del farmacéutico,
Que á su pesar la remolca
Oyendo el largo catálogo
Y la nauseabunda historia
De sus partos y su reuma,
De su dogo y su cotorra;
Y pues mi cara Lucía,
Ya que mi brazo no toma,
Al de don Tomás se cuelga,
Que es casado y está en gloria;
Celos, dejadme un instante
Respirar en otra atmósfera
Más serena; y si aun aquí
Queréis que haga la parodia
Del *Otelo* en pantomina,
Al menos la haré á mis solas
Sin necios y sin coquetas
Que se rían á mi costa.

ESCENA IX

DON SIMÓN, DON ANTONIO

Ant. ¿Ha visto usted...

(Viene por la izquierda.)

Simón. (¡Dura estrella!...)

Ant. Á mi pupila?

Simón. Poco ha

Que cruzaba por allá,

Y su tía iba con ella.

Ant. (Seguro estoy de la niña.

La tía tendrá paciencia.

Ya no temo su influencia,

Que el miedo guarda la niña.)

Simón. ¿Qué tiene usted, don Antonio?

¿Qué extraña cavilación...?

Ant. ¡Soy tan feliz, don Simón!...

Voy á casarme.

Simón. ¡Demonio!

¿Qué hace usted? ¿No se horripila

Al ver este triste ejemplo,

Y antes de pisar el templo...?

Ant. ¡Eh!...

Simón. ¿Con quién?

Ant.

¿Con mi pupila.

Simón. ¿Con la pupila? ¡Ay, amigo!

La amable doña Lucía

También fué pupila mía

Antes de casar conmigo;

Y pues sabéis lo que soy

Y no ignoráis lo que fuí,

¡Aprended, tutor de mí

Lo que *va de ayer á hoy!*

Ant. ¡Oh! La suerte no es igual.

No me ciega el egotismo.

Yo soy amado.

Simón. Lo mismo

Pensaba yo..., y pensé mal.

Ant. La mía es un serafín,

Y cuando el sí pronuncia...

Simón. El sí de las niñas. ¡Oh!...

Lea usted á *Moratín*.

Ant. Ella es libre...

Simón. Ella es mujer.

Ant. Y honrada, y seguro estoy,

No es capaz...

Simón. Si no lo es hoy,

Mañana lo puede ser.

Ant. Jamás...

Simón. Á carrera larga,

La de mejor condición

Puede dar un resbalón,

Y, en fin, el diablo las carga.

Ant. La colmaré de regalos...

Simón. No sirve eso con la mía;

¡Y quizá me adoraría

Si la derrengase á palos!

Ant. Sin dar ese trato indigno

Á la que mi dicha labra,

Yo sé..., y, en una palabra,

Cada cual tiene su signo.

Simón. ¡Dichosa el alma tranquila!...

Ant. Yo sé bien, por lo que vi,

Lo que va de usted á mí,

Y de pupila á pupila.

Simón. ¿Qué escucho?...

Ant.

Usted no se asombre.

Simón. Pero ¿á quién no escandaliza...?

Ant. Si la mujer se desliza,

Siempre es la culpa del hombre.

Simón. ¿Culpa yo porque pretenda

Un osado farmacéutico

Ser poseedor enfitéutico

De mi legítima hacienda?

Ant. Oír eso causa tedio.

Pues siendo así, ¿qué hace usted

Que no le da un puntapié

Y se le quita de en medio?

Simón. Eso lo dice muy pronto

Quien no está comprometido;
Pero en llegando á marido,
El más sabio es el más tonto.
Hasta el día de la fecha

¿En qué mi querella fundo?

¿En qué su malicia el mundo?

En una leve sospecha,

Mas si despido al galán

Con dicterios y amenazas,

¡Adiós, honra! Por las plazas

Las gentes me silbarán.

Y así peligra el marido

Mucho más, porque un amante

Nunca es tan interesante

Como cuando es perseguido

¿Qué recurso el mundo deja

Á quien con celos batalla?

Es ridículo si calla,

Y mucho más si se queja. —

¡Sí, señor; yo estoy celoso

Y nunca la soltaría;

Pero como esto en el día

Dicen que es hacer el oso...,

Y el amiguito es tan pulcro,

Y mi mujer tan taimada...

Está visto; no haré nada,

¡Y me echarán al sepulcro!

Ant. Entonces..., conformidad.

Simón. Sí; pero es mucha fatiga...

Y ¿quiere usted que le diga

Flancamente la verdad?

Ant. Diga usted...

Simón. Pues tengo miedo

Á don Frutos.

Ant. (¡Qué menguado!)

Simón. Y eso, que él es un cuitado,

Y mano á mano, le puedo.

Mas aunque yo no soy rana,

Puede emplear mi rival

Un arma terrible...

Ant. ¿Cuál?

Simón. La farmacopea hispana.

Ant. Entre Caribdis y Escila...

(Riéndose.)

¡Qué trance!

Simón. ¡Abra usted el ojo,

Y eche la barba en remojo,

Y una cruz á la pupila!

Ant. ¡Oh, qué moler!... Don Simón,

Cada cual mire por sí.

Yo sé muy bien... Pero aquí

Viene ya la reunión.

(Empieza á obscurecer.)

ESCENA X

DON ANTONIO, DON SIMÓN, DOÑA LUCÍA, DON FRUTOS, DOÑA RUPERTA, DON TOMÁS, JESUSA, DON ENRIQUE, MERCEDES, DON JOAQUÍN, DON LIBORIO

(Todos vienen por la izquierda dando el brazo á su pareja de costumbre. Don Liborio solo, con la guitarra.)

Tomás. ¿Qué hacemos? Todos se aburren, Y ya la noche se acerca, Y el aire anuncia tronada, Y Madrid dista una lengua.

Ant. Nos iremos... ¿Y Sabina?

Frut. En la granja. Entraba en ella Con su tía cuando yo Acompañé hasta la puerta Á doña Melchora.

Simón. ¡Cielos, Qué perdurable pareja! ¡Otra vez!

Lib. Vaya, pongamos Un jueguecito de prendas Mientras vienen.

Ant. No. Ya es tarde. Vaya usted: que se den prisa Á enganchar.

Lib. Voy.

Ant. Y de paso Dé usted una voz... Que vengan Esas señoras...

Lib. Corriente.

ESCENA XI

DON ANTONIO, DON SIMÓN, DOÑA LUCÍA, DON FRUTOS, DOÑA RUPERTA, DON TOMÁS, JESUSA, DON ENRIQUE, MERCEDES, DON JOAQUÍN

Tomás. ¡Buena ha estado la ocurrencia Del certamen borrical!

Simón. ¿Certamen?

Tomás. Sí; en la pradera Ha habido juegos ecuestres.

Simón. ¿Has entrado tú en la fiesta? (Á doña Lucía.)

Frut. No, señor. Es delicada De nervios, y se mareo.

Tomás. Todos hemos cabalgado Un poquito, menos ella.

¿Cómo chillaba Jesusa! Pero Mercedes, ¡tan tiesa! Jes. Porque la iba sosteniendo Joaquinito.

Tomás. Mi Ruperta No me quiso abandonar Á merced de aquella fiera. Yo delante, ella á la grupa, Y así... en forma de una et cætera, Nuestro conyugal amor

Trotaba de Ceca en Meca;

Pero es carga, por lo visto,

Superior á sañales fuerzas

Un matrimonio feliz,

Pues pronto dimos en tierra;

Mi mujer..., Dios sabe cómo...

Simón. ¿Y usted?

Tomás. Yo..., por las orejas.

Rup. No le hagan ustedes caso. Yo caí, con decencia.

Tomás. Peor libró Jesusita.

Jes. ¡Vamos, que me da vergüenza!...

Tomás. Por sujetarse el sombrero,

Da fondo en una aguadera;

Grita, pierde el equilibrio;

Faltan brazos, sobran piernas...

Vaya, ¡cosa más graciosa!...

Enr. ¡Eh! No diga usted simplezas.

Rup. ¡Cómo la mirabas, pícaro!

(En voz baja á su marido.)

Yo te ajustaré la cuenta.

ESCENA XII

DON ANTONIO, DON SIMÓN, DOÑA LUCÍA, DON FRUTOS, DOÑA RUPERTA, DON TOMÁS, JESUSA, DON ENRIQUE, MERCEDES, DON JOAQUÍN, BELTRÁN

Belt. Dios guarde á ustedes. De parte De aquella señora seca...

La del perrito...

Ant. ¿Qué quiere?

Belt. Que vaya y no se detenga El boticario...

Frut. ¿Qué ocurre?

Belt. ¡Ay, señor! Es cosa seria.

Ant. ¿Cómo?...

Merc. ¡Dios mío!...

Belt. Al perrito

Le ha dado una pataleta.

Ant. ¡Bah! Creí que era otra cosa.

Simón. Sí; vaya usted...

(Á don Frutos.)

Frut. ¿Soy yo albéitar? (Óyese rodar y parar un coche á la izquierda del actor.)

Tomás. No obstante, es preciso...

Jes.

¡Por Dios!...

Simón. Corazón de piedra,

Salve usted á aquella víctima...

¡Tal vez á dos!

Frut. Será fuerza...

(Soltando el brazo de doña Lucía.)

Hasta luego. (Vase corriendo.)

Simón. Acoto el brazo.

(Tomando el brazo de su mujer.)

(No hay mal que por bien no venga.)

ESCENA XIII

DON ANTONIO, DON SIMÓN, DOÑA LUCÍA, DOÑA RUPERTA, DON TOMÁS, JESUSA, DON ENRIQUE, MERCEDES, DON JOAQUÍN, BELTRÁN, DON LIBORIO

Lib. Ya á la orilla del camino Á la comitiva esperan Ensilados los caballos, Albardada la jumenta, Y de los coches el uno Con su tiro de colleras.

Simón. Pues, ¿y el otro?

Lib. No lo he visto.

Se habrá roto alguna rueda...

Belt. ¡Ca! No, señor. Ya hace rato

Rompí como una saeta

De vuelta á Madrid.

Ant. ¿Qué escucho!

¿Y ahora lo dices, babieca?

Belt. ¡Toma! ¿Y quién lo ha preguntáo?

Yo no me meto en la renta

Del escusáo. Aunque soy

Paleta, tengo prudencia.

Ant. Pero ¿quién iba en el coche?

Belt. Cáncía la parte de ajuera

Las seis mulas y el zagal;

Y adrento, según las señas,

Doña Sabinita...

Ant. ¡Cielos!

Belt. Y su tía, doña... Esa...

Doña Cilioña.

Simón. ¿Qué oigo!

Rup. ¡Sabina!

Lib.

¿Cómo?...

Tomás. ¿Qué idea...?

(Murmullo general de admiración.)

Belt. ¡Ah!... También se coló dreto. Sin cudiarse de entiquetas El calesero.

Ant. ¡Borracho!...

¿Qué estás diciendo?

Belt.

La misma

Verdad. Y la señorita

Arrancó de su cartera

Un peazo de papel,

Y puso al pie de la letra

Este dicumento.

(Saca un papel y se lo da.)

Ant. ¡Ah! Dame.

Simón. El mozo es todo lo bestia

Que puede ser.

Ant.

¿Es posible?...

¿Estoy soñando? ¡La pérfida!...

(Lee.) « Soy libre; soy amante. — Si hay tutores, hay leyes. — Huyo con Agustín y con mi tía. — Si me voy como Dios quiere, me casaré como Dios manda. — Culpe usted á su tiranía, y no á mi livianidad.

SABINA. »

¡Ah falsa, traidora, ingrata!

¿Así pagas mis finezas,

Mi amor, mi bondad?... ¡Infame

Seducor! ¡Tía perversa!

¡Oh necia credulidad

La mía! ¡Oh traición horrenda!

¡Jurarme sincero amor,

Fingir cáncida inocencia.

Y venderme así!... ¡Dios mío!

¡Dios mío! ¡En edad tan tierna

Tanta maldad! Ya no hay fe,

Ya no hay virtud en la tierra.

¡Venganza!... ¡Un caballo!

Enr.

El mío...

Ant. Lo acepto. Dios me reserva

Un consuelo... ¡la venganza!

¡Ah! Yo haré que te arrepientas,

Infeliz; ¡y será tarde!

Tu boda será funesta,

Lo juro. ¡Á mi la victoria,

Á ti el llanto y la vergüenza!

(Vase corriendo por la izquierda.)

ESCENA XIV

DON SIMÓN, DOÑA LUCÍA, DOÑA RUPERTA, DON TOMÁS, JESUSA, DON ENRIQUE, MERCEDES, DON JOAQUÍN, BELTRÁN, DON LIBORIO

Rup. ¡Qué lance!

Lib.

¿Quién lo diría?...

Simón. Pues yo sé de algún profeta
Que le anunciaba...

Tomás. Una gota
Me ha caído en esta ceja.

(Se oye tronar.)
Lucía. La tempestad está encima...

Lib. ¿Oyen ustedes? Ya truena.

Rup. ¡Al coche!

Simón. ¡Al coche!

Lucía. ¿Y don Frutos?

Jes. ¿Y mamá?

Tomás. ¡Al coche, Ruperta!
(Desaparecen corriendo por la izquierda.)

Simón. (Ahora es la mía.) Corramos...

Lucía. Pero...

Simón. Al coche los que quepan.
Puto el postre!

(Vase con doña Lucía.)

Lib. Vamos, niñas...

Merc. Pero mamá que se queda...

Lib. Vamos, que llueve. Después

Dará el carruaje la vuelta.

Siete cabremos.

Jes. ¡Mamá!...

Enr. Llévame a tu grupa.

(A don Joaquín, y se va con él.)

Lib. Ahí queda

Don Frutos... *(Arranca con ellas.)*

Merc. ¡Mamá!... *(Ya dentro.)*

Lib. Volemos...

(Lo mismo.)

ESCENA XV

BELTRÁN, DON FRUTOS,
DOÑA MELCHORA

Belt. ¡No se ha armado mala gresca!
(Guarecido de un árbol.)

(Llega por la derecha don Frutos con el botiquín bajo el brazo izquierdo y dando el derecho a doña Melchora, que trae consigo el perrito. Menudean los truenos y relámpagos, crece la lluvia y cierra la noche.)

Frut. Vamos, que se van...

Melch. ¡Jesusa!...

(Acariciando al perro.)

¡Animalito!... Este reuma...

Frut. ¡Corra usted!...

Melch. ¡Jesús!...

(Se oye rodar el coche.)

Belt. Ya es tarde.

Ya va por la carretera

Echando chispas el coche.

Melch. ¡Ay, válgame Santa Tecla!

Lloviendo á mares... El perro...

Frut. El botiquín...

Melch. ¿Quién nos lleva

á Madrid?

Belt. La horriquilla

Se tomará esa molestia.

Allí está...

Frut. ¡Bravo refuerzo,

Y está lloviendo á fanegas!

(¡Ay Lucía!...) Otro carruaje...

Aunque sea una carreta...

Belt. No hay amparo. Pero el coche

Volverá...

Frut. ¡También me llega

Mi San Martín!

Melch. ¡Á la granja!

Frut. ¿Cuánto tardará?

Belt. Hora y media.

Frut. ¡Ahí es nada!

Melch. Vamos, hijo.

En tanto cobrará fuerzas

El perrito, y en el hombro

Me dará usted unas friegas.

Frut. ¿Qué friegas, ni qué...?

Melch. Volemos...

Frut. ¡Maldición!... ¡Qué diferencia!

(Vuélvense corriendo hacia la casa.)

Belt. Estas junciones de campo

(Siguiéndolos.)

Siempre acaban en tragedia.

ACTO TERCERO

Sala en casa de don Antonio. Puerta en el foro y otras dos laterales. Entre otros muebles decentes habrá una mesa con recado de escribir.

ESCENA PRIMERA

DON ANTONIO, DON SIMÓN,
DON TOMÁS

Simón. Al tocador de Sabina
Se ha marchado mi mujer,
Y ahora, señor don Antonio,
Que estamos solos los tres,
Díganos usted, si gusta,
En qué paró lo de ayer;

Y cómo las desertoras
Volvieron á su cuartel;
Y cómo es que están ustedes
Tan en paz, al parecer,
Y la niña se engalana,...
Y no la ha matado usted.
Aqui hay misterio...

Ant. Ninguno.

En dos palabras diré
Lo ocurrido. Cuando supe
Que de un pillito á la merced
Y engañada por su tía,
Que es el mismo Lucifer,
La ingrata pupila huyó,
Mi primer impulso fué
Perseguirla, y del amante
Tomar venganza cruel.

Metí espuelas al caballo;
Pero pensando después
Que hecha estaba la locura
Y yo sería tal vez

Menos digno de indulgencia
Perdiendo el juicio también,
Puse todo mi conato
Luego que á Madrid llegué
En salvar, si era posible,
Después de tal proceder,
El honor de mi pupila.

Hasta cerca de las diez
Corrí sin fruto en su busca,
Y por fin los encontré
En el gobierno político,
Cuando en nombre de la ley
Ya la licencia obtenían
De que habían menester.

Respeté la providencia;
Mas, jurando por la fe
De hombre honrado no forzar
La voluntad de esa infiel,
Pedi que en mi propia casa
La depositase el juez,

Y en atención á que el dote
Es cantidad de interés,
Se firmara aquí el contrato
Y mi solvencia con él.

Aceptóse mi propuesta,
Que á todos estaba bien
Para evitar comentarios
De tertulias y cafés;
El notario vendrá luego,
Vendrá el amante doncel
Y... Dios los haga felices.

Simón. Amén. Diga usted : amén.

¡Por vida del otro Dios!...
¿Con que se hace usted de miel
Después de acción tan inicua?
No me queda más que ver.
¿Y es usted el que culpaba

Mi paciencia y mi sandez?
Yo al fin gimo, y refunfuño,
Y negra como la pez
Tengo la sangre, y reniego
Del día en que me casé,
Y si pillito á mi consorte
En algún renunció... ¡pues!...

Soy capaz... Pero usted tiene
Alma de... ¿qué sé yo qué?
¡Dejarse robar la novia,
Traerla á casa después,

Y presenciar el contrato,
Y soltar de bien á bien
El dote... Por lo que veo,
Tendría este hombre placer

Hasta en servir de padrino
Á su rival. ¡Voto á quien...!
Ant. Note usted que era Sabina
Mi amada; no mi mujer.

Tomás. La prudencia es gran virtud.
Ella es ella; él es quien es.

Llorar con la cruz al hombro
Á cada paso se ve,
¿Pero por librarse de ella?
Sería ridiculez.

Sé lo que pesa la mía,
Y le doy el parabién.

Simón. Pero, señor, ¿es posible?...

Ant. Señor don Simón, yo sé
Lo que me hago. Su permiso
Ruego á ustedes que me den.
Tengo que arreglar papeles...

Tomás. ¡Oh! no se incomode usted
Por nosotros.

Ant. Hasta luego.

(Entra en la habitación de la derecha.)

Simón. ¡Va á hacer un lindo papel!

ESCENA II

DON SIMÓN, DON TOMÁS

Tomás. ¡Vaya, que no tiene precio
Lo del rapto y lo del coche,
Y al abocarse la noche
Caer chubasco tan recio!

Simón. Por fin el signo de Acuario,
Ya que otro signo me acosa,
Me dió venganza sabrosa
Del insigne boticario.

Llorando entre aquellos berros
La ausencia de su Lucía,
¡Qué buen rato pasaría
Dado á Melchoras y á perros!

Vaya, lo que yo reí

Anoche por el camino...
Mientras el coche fué y vino,
Tres horas estuvo allí.
Muerto de angustia y de miedo
Llegó por fin á deshora
Con su dogo y su Melchora
Á la puerta de Toledo,
Y sin más cama que el frac,
Si tarda cuatro minutos
El delicioso don Frutos
Pasa la noche al vivac.

Tomás. ¿No ha venido aquí?...

Simón. Algún pasmo,

Que curará con meconio,
Hoy libra á mi matrimonio
De ese eterno pleonasma.
¡Qué gozo! ¿Y usted no sabe,
Caro amigo, la chuscada
Que tengo ya preparada
Á ese galán de jaraba?

Tomás. No.

Simón. Me voy con mi consorte
Para verme libre de él.

Tomás. ¿Dónde?

Simón. Á la Seo de Urgel.

Ya tengo aquí el pasaporte.

Tomás. ¡Tantas leguas de arrecife!...

Simón. Aun son pocas á fe mía,

Que por no verle me iría
Al Pico de Tenerife.

Tomás. Vaya usted, y Dios le ampare;

Mas ¿dónde no habrá un galán?

Ó como dice el refrán,

¿Dónde irá el buey que no are?

Simón. ¡Eh!... Por hoy, lo que me urge

Es huir de la farmacia,

Porque no tendría gracia

Que me diesen un menjurge...

Mas ¿cómo usted no ha traído

Á la esposa?

Tomás. Estaba en misa,

Y como vine de prisa...

Simón. ¡Qué escucho! Tan buen ma-

[rido...]

Tomás. Yo me encuentro bien sin ella.

Simón. No es posible. ¿Á quién no ha-

[laga]

El dulce amor?...

Tomás. Más aciaga

Que la de usted es mi estrella.

Simón. ¡Pues! y lleva usted la palma...

Tomás. ¡Del martirio!

Simón. No. Esa es grilla.

Yo sé...

Tomás. Todo lo que brilla

No es oro, amigo del alma.

Simón. ¿No es ejemplo de ternura?...

Tomás. Sí, pero con tal exceso,

Que ya me derriba el peso
De mi conyugal ventura.

Yo no soy dueño de mí

Ni una hora, ni un instante.

¡Mal haya amor semejante,

Si es amor el frenesí!

Simón. Yo creía á usted en el centro

De la gloria...

Tomás. Sufro, río,

Callo..., pero amigo mío,

La procesión va por dentro.

¡Hay tormento tan cruel

Como una mujer llorona,

Y suspicaz, y sobona?...

¡Oh! Me hará soltar la piel.

Simón. ¿De veras? ¿Está usted loco?

¿Es posible?...

Tomás. Me impacienta,

Me fastidia, me revienta,

Me pudre..., y aun digo poco.

¡Y cada vez más me capto

El amor de ese demonio!

¡No fuera ya don Antonio!...

¡Cuánto envidio lo del rapto!

Simón. Si está tan enamorada,

¿Cómo tendría el descoco

De...?

Tomás. ¡Ni ella vale tampoco

La pena de ser robada!

Simón. ¡Este pobre don Tomás!...

¿Con que ya encontré un casado

Más que yo desventurado?

Tomás. Sí, señor; mil veces más.

Simón. ¡Hombre, hombre, qué bueno

[fuera,

Si para mutuo consuelo

Cambiásemos... pelo á pelo!

Tomás. Yo la cambio por cualquiera.

Simón. Puede que yo me equivoque,

Mas si se hiciera el mercado,

Yo quedaría obligado

Á pagar el alboroque.

Tomás. Amigo, usted no lo acierta.

No la hay peor que la mía.

Simón. Sí, mientras viva Lucía.

Tomás. No, mientras viva Ruperta.

Simón. Pues, á fuer de hombres sesudos,

Suframos ambos á dos

Y supliquemos á Dios

Que pronto nos haga viudos,

Porque allá se van, *mutatis*

Mutandis y, en mi opinión

Quién supiera lo que son

No las querría ni *gratis*.

Tomás. No, por cierto. ¡Qué prebenda!

Al más pintado le doy...

(Baja la voz viendo entrar á su mujer

por la puerta del foro.)

¡Mi mujer!... ¡Perdido soy!

¡Dios me asista y me defienda!

ESCENA III

DON SIMÓN, DON TOMÁS,
DOÑA RUPERTA

Rup. ¡Ah pérfido!... Al fin te veo...

Tomás. Estabas en Santa Cruz...

Me llamaba don Antonio

De prisa...

Rup. ¿Y no sabes tú

Que entre marido y mujer

Todo debe ser común?

Tomás. Yo creí que no importaba...

Rup. ¡Sin decir siquiera abur

Á una mujer que te adora!

Alguna entuchada, algún...

Tomás. Cálmate, dulce Ruperta,

Y no te dé un patatús,

Que si te mueres, á entrambos

Nos harán el ataúd.

Rup. No te creo, que conmigo

Procedes como tahir

Y tras de alguna pindonga

Te habrás venido. ¡Jesús!

Me vas á quitar la vida.

Tomás. Por el firmamento azul

Juro... — ¿Qué tal?

(En voz baja á don Simón.)

Simón. ¡Buena hembra!

(Lo mismo.)

¡Así tenga la salud!

Rup. ¿Qué le dices al oído?

Tomás. Nada. Que vale un Perú

Mi mujer y no me cambio

Por el mismo Mahamud.

Rup. No. Alguna intriga...

Simón. Señora,

Míreme usted á la luz.

¿Tiene usted celos también

De mi rancia senectud?

Tomás. ¿Quién sabe?...

Simón. Usted se ha dejado

Los ojos en el baúl.

Rup. ¡Él me habla de ojos, Dios mío,

Y no ve los *rondivús*

Que prodiga á su mujer

El boticario gandul!

Simón. Señora, eso es ya salirse

De la cuestión.

Rup. Yo, según

Se me habla...

Simón. Llámela usted

(Á don Tomás.)

Al orden.

Rup. ¡Qué ingratitud!

(Á don Tomás.)

¡Escapárseme de casa!...

Tomás. Mujer, eres el *non plus...*

Rup. ¿De qué?

Tomás. De nada. Perdona;

Mas calla con Belcebú,

Que viene gente, y yo solo

Debo cargar con la cruz.

(Doña Ruperta toma el brazo de su

marido.)

ESCENA IV

DOÑA RUPERTA, DON TOMÁS, DON
SIMÓN, SABINA, DOÑA CELEDONIA,
DOÑA LUCÍA

(Llegan por la puerta de la izquierda.)

Cel. ¡Oh, amiga doña Ruperta!

Rup. Servidora... — No te sueltes.

(Á don Tomás.)

Cel. Celebro que usted también

(Á doña Ruperta.)

Asista al acto solemne

De la boda de Sabina.

Rup. No tenía antecedente...

Lucía. Sí, señora. Ya está todo

Arreglado. El cielo vuelve

Por la oprimida inocencia.

Simón. ¡Bien! Mi mujer la protege

Ya se ve; la simpatía...

Sab. Don Antonio se convence...

Simón. No me maravillo. Un rapto

Es razón muy convincente.

Sab. Era el único recurso

Que me dejaba la suerte...

Mas recordar lo pasado

Ya no es útil ni prudente,

Y hasta que mi tutor

Su clásico error confiese

En el hecho de traernos

Segunda vez á su albergue,

Para transigir nosotros

También amistosamente...

Cel. Pues, por mi voto, la chica

Se mantendría en sus trece.

Simón. ¿No la casan con su amante?

Cel. Sí, señor.

Simón. Pues ¿qué más quiere?

Cel. Pero en casa del tutor

Y cubriendo el expediente,

Como se suele decir.

Así no será tan célebre
El aviso á los tutores
Y el triunfo de las mujeres.
Simón. Muy bien. (Padres de familia,
He aquí una aya excelente
Para vuestras hijas.) — ¡Hola!

(*Á Sabina.*)

¡De veinticinco alfileres!
Sea en hora buena. Pero
¿Cómo es que el novio no viene?

Sab. No tardará.
Simón. Vaya en gracia.
Ya deseo conocerle.

ESCENA V

Doña CELEDONIA, SABINA, Doña
RUPERTA, Doña LUCÍA, Don SI-
MÓN, Don TOMÁS, Don ANTONIO

Ant. Señoras, si ustedes gustan
De pasar al gabinete...

Lucía. Bueno.

Rup. Como usted disponga.

Ant. Aquello está más alegre,
Y hasta que venga el notario...

Cel. Vamos pues...

Ant. Soy con ustedes. —
No te vayas tú, Sabina.

Sab. Muy bien.

Cel. ¡Firme! No te dejes
(*Al oído.*)

Seducir.

Sab. Seré inflexible. (*Lo mismo.*)

Simón. (Don Antonio es un imbécil.)

(*Vanse por la puerta de la derecha.*)

ESCENA VI

Don ANTONIO, SABINA

Ant. Cuando se acerca el instante
Que decidirá tu suerte,
No creas que voy á hacerte
Reconvenciones de amante.
Dios te ha dado un albedrío
Que yo siempre he respetado,
Y bien sé que no me es dado
Quejarme de tu desvío,
Y si al menos en tu labio
Hubiera sonado fiel,
Albricias te diera de él,
Lejos de llamarle agravio;

Mas el honor de un desdén
Tu ingratitud no me quiso
Otorgar. ¡Era preciso
Burlar á un hombre de bien!
¡Era débil la victoria
Del galán que tanto alabas
Si mi oprobio no le dabas
Por trofeo de su gloria;
Que para quien sólo aspira
Á novelesca opinión
Ni es culpable la traición,
Ni es infame la mentira!

Sab. Confieso que ciega anduve...
¿Cuándo no es ciego el amor?
Para huir tuve valor
Y para hablar no lo tuve.
No debí ser tan cobarde,
Sino postrada á esos pies,
Decir la verdad. Después
Lo pensé. Mas era tarde.
Entre un novio y un tutor,
Débil, incauta mujer,
Yo no sabía qué hacer...

Ant. Pues lo has confesado así
Y en mi alma no cabe encono,
Sabina, yo te perdono...

Y perdóname tú á mí.
Sab. ¡Señor!...

Ant. No es cuerdo en mis años

Pedir al amor primicias,
Y antes que sonar delicias
Debí temer desengaños.
Ya no aspiro á tu hermosura;

Te lo digo sin despecho;
Mas aun reclamo el derecho

De mirar por tu ventura.

Créeme, Sabina; ten juicio.

Aun es tiempo. Esa pasión

Destierra del corazón,

Aunque es duro el sacrificio.

Mira no llores un día

¡Sin razón! tu amarga suerte.

¡Mira que van á perderte

Ese amante y esa tía!

Sab. No se canse usted en vano,

Que son calumnias... En fin,

Tal como sea Agustín,

Le amo y le daré mi mano.

Ant. ¡Ah, Sabina!...

Sab. Sea yo

En quien pruebe usted su ceño,

Pero injuriar á mi dueño...

Perdone usted. Eso no.

Ant. Sabina, un recuerdo triste

Me has de oír aunque te aflija.

Tu tío tuvo una hija,
Á quien tú no conociste.

Agust. Ya es la hora convenida...

Ant. Lo sé. Tome usted asiento.

Agust. Estoy bien.

Ant. Aun no ha venido

El notario.

Agust. Vendrá presto. —

Siento mucho la ocurrencia
De ayer, pero á tal extremo
Nos redujo usted mostrando,
Por causas que no comprendo,
Tan injusta oposición
Á nuestros justos deseos.

Ant. Más que yo manda la ley,
Y pues su fallo venero,
No hablemos de lo pasado.
Use usted de su derecho.

Agust. No obstante, me pesaría
De que algún resentimiento...

Ant. Con evitar el escándalo

Yo me doy por satisfecho,

Y tal vez me olvidaré

De ofensas que no merezco

Si Dios quiere bendecir

El tratado casamiento

Y usted logra hacer dichosa

Á mi pupila.

Agust. Mi anhelo

No es otro, y debe esperarlo

Del amor que la profeso.

Ant. Está bien.

Agust. Mas no será

Mi regocijo completo

Hasta haberme granjeado

Con pruebas del más sincero

Cariño y la más profunda

Veneración el aprecio.

De usted.

Ant. No soy rencoroso.

Dejemos obrar al tiempo...

(¡Para el necio que te crea!)

Agust. (Nada cuesta un cumplimiento.)

ESCENA IX

Don ANTONIO, Don AGUSTÍN,
EL NOTARIO, TRES TESTIGOS

Not. Felices días, señores.
Puntual á la cita vengo
Con los testigos...

Ant. Muy bien.
Sentarse. Al instante vuelvo.

Ella también sus hogares
Mal casada abandonó,
Y á los tres años murió
Consumida de pesares.
Víctima de aquel desliz,
El padre murió también.
Sólo para hacerte bien
Sobrevivió á la infeliz.
Yo te recibí en mis brazos
Cuando con dolor profundo
Recordaba moribundo
Aquellos fatales lazos.
«Véla por ella, me dijo.
La he dotado generoso.
De ti reciba un esposo.
De su gratitud lo exijo.»
Si la postrer voluntad
Tu corazón no domina
Del que te amparó, Sabina,
En la mísera orfandad,
Cúmplase tu ciego antojo...;
Mas sea dentro de un año,
Si entonces ya el desengaño
No te cubre de sonrojo...

Sab. La memoria de mi tío
Respeto mucho; es sagrada,
Pero estoy enamorada.
Ya este corazón no es mío.
Mi boda no ofende á Dios;
De ella mi ventura aguardo,
Y si un día la retardo,
¡Vamos á morir los dos!

Ant. (¡Locura!...) Vete. ¡No más!
Toda reflexión es vana.
Si te arrepientes mañana...

Sab. ¿Yo arrepentirme? Jamás.

ESCENA VII

Don ANTONIO

Merecía la insensata,
Ya que así me desespera,
Que yo vengativo fuera
Tanto como ella es ingrata.
(*Saca del bolsillo un pliego cerrado y lo
guarda en un cajón de la mesa.*)

ESCENA VIII

Don ANTONIO, Don AGUSTÍN

Agust. Saludo á usted, don Antonio.
Ant. Bien venido, caballero.

ESCENA X

DON AGUSTÍN,
EL NOTARIO, LOS TESTIGOS

Agust. Ya traerá usted extendido
El contrato...

Not. Con efecto.
El memorial en cabeza
Con el marginal decreto
De la autoridad civil;
Las declaraciones luego
De cónyuges y testigos,
Con los oportunos huecos
Para las firmas.

Agust. Corriente.
¿Y el dote?

Not. Al folio vigésimo
Se stampa la diligencia...
Digo; el encabezamiento
Y demás, porque la suma
Está en blanco, por supuesto.

Agust. De quince á veinte mil duros
Debe de ser por lo menos.
El mismo tutor lo ha dicho...

Not. Era el difunto don Pedro,
Tío de la contrayente,
Hombre de mucho dinero.

Agust. ¡Qué vida me voy á dar!
Iré á París el invierno...

Not. Ya están aquí. ¿La futura?...
Agust. Aquella. ¡Feliz momento!

ESCENA XI

DON AGUSTÍN, EL NOTARIO, LOS
TESTIGOS, SABINA, DOÑA CELEDONIA,
DON ANTONIO, DON TOMÁS,
DOÑA RUPERTA, DON SIMÓN, DOÑA
LUCÍA

Ant. Siéntense ustedes.
(Todos se sientan: don Agustín lo hará al
lado de los testigos. El notario á la
mesa de escritorio.)

Ya es hora
De poner dichoso término
Á un lance desagradable
Y de cumplir los deseos
De mi pupila y su novio.
Sea cual fuere el concepto
Que yo formé de esa boda,
Harto hago cuando me presto
Á que en mi casa se firme
El contrato, y desde luego...
Not. Pues, con permiso de usted

Y la asamblea, comienzo.

Ant. Antes que el acto principie,
(Dándole unos autos.)

Tome usted el testamento
Del señor don Pedro Aznar,
Y lea el folio sexto
La cláusula en que á Sabina
Dotó con veinte mil pesos
Not. Eso después. Es preciso
Que procedamos con método.
Leeré el decreto del jefe
Político...

Agust. Sí. Lo de menos
Es la dote...

Ant. Yo suplico
Al señor notario, y tengo,
Como se verá, razones
Poderosas para ello,
Que anticipe la lectura
De ese legal instrumento,

Not. No es el orden; pero, en fin,
Pues usted lo pide, leo
«Item. Dejo á mi sobrino (Leyendo.)
Don Gregorio Aznar...»

Ant. No es eso.
(Acercándose y señalando al notario lo que
ha de leer.)

Más abajo. Aquí principia.

Agust. Oigamos.
Simón. (¿Qué será esto?)

Not. (Leyendo.) «Item. Señalo á mi so-
brina Claudia Sabina Micaela Aznar, hija
de mi amado hermano don Nicolás y de
doña María del Pilar Atienza, que estén en
gloria, por vía de dote, y para sus alimen-
tos hasta que llegue á edad núbil y quiera
tomar estado, cuatrocientos mil reales...»

Ant. Perdone usted. Yo declaro
Que ni ahora ni nunca quiero
Reclamar ni un solo real
Por once años de alimentos
Que ha disfrutado Sabina;
Antes respondo del rédito
Del capital, á razón
Anual de cinco por ciento.

Sab. ¿Qué oigo? ¡Señor don Antonio!...

Agust. (¿Será posible...?)
Cel. (Yo sueño.)

Rup. ¡Qué nobleza!
Not. Es usted el fénix
De los tutores modernos.
(¡Y decían que era avaro!)

Tomás. ¡Qué generoso!
Simón. (¡Qué necio!)

Agust. ¡Ah! Ese rasgo me confunde...
(Á don Antonio, levantándose.)

Ant. Bien, bien...
(Con seriedad.)
Siga usted leyendo.
(Al notario.)

Not. «Cuatrocientos mil reales; pero con
la bien entendida, forzosa é invariable con-
dición...»

Cel. ¿Condición ha dicho usted?
(Con inquietud.)

Not. Condición.
Ant. Lea usted.
Agust. (¡Cielos!...)

Not. «De que ha de preceder á su boda
el explícito y formal consentimiento de mi
albacea y tutor de Sabina, don Antonio
Bermúdez.»
(Murmullo general de sorpresa.)

Sab. ¡Ah, tía!...
Agust. (¡Perdido soy!)

Cel. (¡Cómo lo callaba el pérfido!
¡Ah! Si yo hubiera sabido...)

Simón. (Esto ya muda de aspecto.)

Not. «Y si, enterada oportunamente de
esta mi postrera irrevocable voluntad,
prefriese un marido de su sola y exclusiva
elección al que mereciere la aprobación de
dicho don Antonio Bermúdez, quiero que
la consabida suma, luego que se realice el
casamiento, sea por partes iguales aplicada
á los hospitales de locos de Toledo, Sevilla
y Zaragoza.»

(Nuevo murmullo.)

Simón. (Era hombre que lo entendía
El suso-expresado muerto.)

Cel. ¡Qué traición!
Agust. (¡Qué compromiso!)

Ant. He aquí el justo fundamento
Que tuve para pedir
Que se leyese primero
Lo que ustedes han oído.

Ahora bien; sin que mi intento
Sea injuriar al señor

Don Agustín, yo no puedo
Dar á esa boda, ni nunca
Daré mi consentimiento.

Agust. (¡Me ha burlado!)

Sab. ¡Oh Dios!...
Cel. Á mí

(Sofocada.)
Me va á dar algo.

Simón. ¡Bien hecho,
(Levantándose.)

Voto á bríos! ¡Sublime! ¡Heroico!
¡Santo! Toque usted esos huesos,
Camarada.

Ant. Don Simón,
Siéntese usted. Esto es serio.
(Vuelve á sentarse don Simón.)

Agust. ¡Y para salir con esa
Embajada, tanto empeño,
Tanto afán de levantar
El depósito y traernos...!

Ant. Quise al menos impedir
Que fuese escarnio del pueblo
Esa infeliz...

Cel. Quiso usted
(Levantándose furiosa.)

Con intrigas y embelecocos
Obligarla á transigir.

Sepan ustedes, — y pienso
Publicarlo en los periódicos, —
Que si niega como un perro

Su aprobación á la boda,
No es porque sea con Pedro
Ni con Juan; es porque aspira

Á la novia y al dinero.
La muchacha no le quiere
Por ridículo y por viejo;

No la ha podido engañar,
Y ahora busca impedimentos
Y tranquilas ¡y la sitia

Por hambre! He aquí el secreto.
Ant. Á esa indigna acusación
Yo responderé á su tiempo,
Y la postrera será

Que oiga de usted: lo prometo. —
Ahora puede usted, si gusta,

(Al notario.)

Formalizar el concierto,
Señor notario. Una vez
Que ya permiso les dieron,

Tanto da que se haga aquí
Como en otra parte.

Not. Bueno,
Sab. Yo no vacilo. Estoy pronta;

(Levantándose.)

Que mi amor no está sujeto
Á mezquinos intereses,

Y si todo el universo
No sería poderoso

Á apagar tan dulce fuego,
¿Yo, viva, me he de rendir
Á los caprichos de un muerto?

Por el bien que el alma adora
Renunciara con desprecio

Á las minas del Perú
Y á los tesoros de Crespo.

Basta á nuestra fe recíproca
Parca mesa y pobre lecho.

Trabajando, si es forzoso,
Ganaremos el sustento,
Y aunque el mundo corrompido
Nos rechace de su seno,
¿Qué importa? No ha de faltarnos
Una choza en un desierto.
¡Oh Providencia, que cuidas
Del pájaro y del insecto,
No podrás abandonarnos
Al hambre y al desconuelo!
Simón. ¡Bien! ¡Con ese rasgo heroico
Hará buen caldo el puchero!
Sab. ¿Callas, Agustín? ¿Qué dudas?
He aquí mi mano. — Firmemos.
Agust. Diga usted, señor notario,
Ese papel ¿es auténtico?
Not. Y fehaciente.
Agust. Esa cláusula
¿Es legal?
Not. Pues ¿no ha de serlo?
Sab. ¡Que lo sea! La ventura
Conyugal no tiene precio,
Y el éxtasis del amor...
Agust. Sí; bien mío, yo comprendo
Sus inefables dulzuras;
Pero entre el alma y el cuerpo
Hay relaciones tan íntimas
De amistad y parentesco,
Que si este desmaya, aquella
No está para jubileo.
Sab. ¡Agustín!
Agust. La medianía
Es soportable, convengo,
Pero la indigencia tiene
Una cara que da miedo.
Si tú sola fueses pobre,
No repararía en eso,
Pero yo lo soy también,
Y nada y nada... son cero.
Si nos casamos los dos
Tú te pierdes, yo me pierdo,
¡Y échale un galgo á la dote!
Al són de nuestros lamentos
Los hospitales de locos
Entonarían el *Te Deum*.
Sab. ¡Ah!
(*Cubriéndose el rostro con las manos.*)
Simón. (No es malo por si un día
Venís á parar en ellos.)
Agust. Renuncio, pues, á tu mano.
Sab. ¡Dios mío!...
Agust. Y harto lo siento;
Mas, si no mi bien, el tuyo
Reclama tamaño esfuerzo
De mi corazón amante;
Porque eso del menosprecio
De las riquezas, y el bosque,
Y el pájaro y el insecto,

Son famosos materiales
Para hacer bonitos versos,
Pero el estómago... En fin,
Lo dicho dicho y... *laus Deo*.

ESCENA XII

SABINA, DOÑA CELEDONIA, DOÑA
RUPERTA, DOÑA LUCÍA, DON AN-
TONIO, DON SIMÓN, DON TOMÁS,
EL NOTARIO, LOS TESTIGOS

Sab. ¡Y la tierra no me traga!
¡Traidor! ¡Ingrato! ¡Protervo!
(*Se sienta abatida y avergonzada. Don
Antonio acude á consolarla.*)

Simón. Y aquí acaba la novela.
Perdonad sus muchos yerros.

Lucía. ¡Mire usted!

Tomás. (¡Este es el mundo!)

Rup. ¿Quién diría...?

Cel. (¡Estamos frescos!)

Ant. Criatura, no te alijas;

Antes, da gracias al cielo

Que te libra del abismo

Que á tus pies estaba abierto.

Por dicha tuya, infundado

No fué mi presentimiento,

Y conocerás ahora...

Sab. ¡Ah, señor! Yo no me atrevo

Á mirar á usted siquiera.

¡Qué injusta fui! Me avergüenzo

De mi flaqueza y mi error,

Mas ¡ay de mí! fué el primero

Que me dijo: yo te amo,

Y el corazón inexperto...

Me cegaron sus lisonjas,

Sus falaces juramentos

Sus lágrimas... ¡Sí! lloraba!

¿Lo creyera usted? ¡Perverso!...

Mas no hay para mí disculpa.

De rodillas lo confieso.

(*Se arrodilla á los pies de don Antonio y
éste la levanta.*)

¡Oh! No me perdone usted,

No, señor. ¡No lo merezco!

Ant. Basta. Siéntate, hija mía.

(*La hace sentar.*)

Te he salvado. Estoy contento.

Ahora voy á contestar

Á tu tía.

Cel. ¿Á mí?...

Ant. Hay un pliego.

(*Al notario.*)

Cerrado en este cajón...

(*Indica el que lo contiene, y lo saca el
notario.*)

Not. ¿Es éste que tiene un sello...?

Ant. Sí, señor. Ábralo usted.

Not. Tiene una escritura dentro...

(*Rompe el sobre y mira el papel que cubría.*)

Ant. Aquí está lo sustancial.

(*Señalando lo que ha de leer.*)

Léalo usted.

Not. Hum... hum...

(*Lee para sí.*)

Ant. Recio.

Not. (*Leyendo en alta voz.*) «...Declaro
que si dicho don Agustín es tan fino amante
y tan buen caballero que no titubea en
casarse con mi pupila aun después de saber
que pierde todo derecho á la dote referida,
me obligo yo á dotarla en igual cantidad,
y para ello hipoteco...»

Ant. Et cetera. Así respondo

Á los infames denuestos

De esa mujer.

Sab. ¡Ah, señor!...

¡Ah, tía!

Tomás. ¡Admirable ejemplo

De bondad!

Simón. ¡Virtud magnánima!

Yo lloro como un muñeco.

Ant. Ahora puede usted, señora,

(*Á doña Celedonia tomando la escritura.*)

Llevar ese documento

Á su protegido...

Cel. ¡Al diablo,

(*Dando un manotón al papel.*)

Que mueve todo el infierno

Contra mí! ¡Oh rabia!... En el moño

No me ha de quedar un pelo.

(*Se va por el foro. Todos se levantan como
para contenerla.*)

ESCENA ÚLTIMA

SABINA, DOÑA RUPERTA, DOÑA LU-
CIA, DON ANTONIO, DON SIMÓN,
DON TOMÁS, EL NOTARIO, LOS TESTIGOS

Tomás. ¡Señora!...

Ant. No, no hay cuidado.

Es peluca. — Ya no debo (*Á Sabina.*)

Tenerla más en mi casa.

La mantendré; pero ¡lejos,

Lejos de mí! Tú, hija mía,

Si después de este escarmiento

Le niegas tu confianza

Y oyes dócil mis consejos,

Mejor esposo tendrás...

Sin que yo pretenda serlo.

Sab. ¡Ah! ¿Quién me hiciera dichosa

Como usted? ¡Plugiera al cielo

Que no fuese indigna yo

De enlace tan halagüeño!

Ant. ¿Qué dices? ¿Podré aspirar

Todavía...? ¿Será cierto...?

Tomás. ¡Por Dios, no se case usted,

(*Acercándose con precipitación y hablán-
dole al oído.*)

Por Dios... que corre usted riesgo

De que su mujer le adore,

Y éste es el mayor tormento!...

Rup. ¿Qué le dices, fementido?

(*Á media voz asiéndole del brazo.*)

Tomás. Nada, mujer...

Rup. Embustero...

(*Siguen disputando en voz baja, y don
Antonio muy pensativo al lado del no-
tario.*)

Simón. ¡Por Dios, no se case usted!

(*Acercándose á don Antonio.*)

¡Mírese usted en mi espejo!

Si otro don Frutos Linaza...

Not. Yo conozco á ese sujeto.

Simón. Bien; ¿y qué?

Not. Somos amigos.

En la calle de Tudescos

Le encontré viniendo aquí.

Me dijo que iba corriendo

Á sacar un pasaporte...

Simón. ¿Para dónde?

(*Sobresaltado.*)

Lucía. (¡Ah!...)

(*Inquieta, acercándose.*)

Not. No me acuerdo...

Lucía. (¡Qué fatalidad!)

(*Haciendo señas al notario, que no las ve.*)

Simón. ¡Lucía!

(*Observándola.*)

Not. Ya caigo. Para la Seo

De Urgel.

Simón. ¿Qué oigo? ¡Horror! ¡Terror! ¡

¡Furor! ¡!

Lucía. (¡Buena la hemos hecho!)

Simón. ¡Oh! ¿Qué mayor desengaño?

Esto pasa de castaño

Obscuro: ¡esto ya es muy negro,

Lucía!... ¡Bravo! ¡Me alegro!

Por no matarte, me araño.
 Con que me voy de la corte,
 Con que saco el pasaporte,
 ¿Y se lo avisas, y salta
 También de aquí?... Sólo falta
 Que le paguemos el porte!

Lucía. ¡Simón!

Not. No le conocía...

Fatal imprudencia mía!

Simón. ¡Maldito, amén, mi consorcio! —
 Oiga usted. Yo me divorcio.

(*Al notario.*)

Lucía. (Eso es lo que yo quería.)

Simón. Hoy mismo.

Tomás. (Yo iré detrás.)

Ant. ¡Ah, don Simón..., don Tomás...

Sabina, mucho te quiero

Y tú lo mereces; pero

¡No me casaré jamás!

(*A los testigos.*)

EL PELO DE LA DEHESA

COMEDIA EN CINCO ACTOS

REPRESENTADA EN EL TEATRO DEL PRÍNCIPE POR PRIMERA VEZ EL DÍA 13 DE
 FEBRERO DE 1840

PERSONAS

ELISA.
 LA MARQUESA.
 JUANA.

DON FRUTOS.
 DON REMIGIO.
 DON MIGUEL.

La escena es en Madrid, en casa de la marquesa. El teatro representa una sala bien amueblada. Puerta en el foro, que por la derecha del actor conduce a la escalera y a otras habitaciones principales, y por la izquierda a las piezas interiores. Otras dos puertas laterales: la de la derecha es la que corresponde a la habitación destinada a don Frutos; la de la izquierda guía también a lo interior de la casa.

ACTO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

ELISA, JUANA

Juana. ¿Y se ha de casar usted
 Con un rústico labriego?

Elisa. Sí; ya he dado mi palabra.

Juana. ¿Lo sabe aquel caballero?

Elisa. ¿Quién?

Juana. ¿Quién ha de ser? Aquel
 Que hace dos años y medio

Que la adora á usted y bebe

Por esa cara los vientos.

Elisa. ¡Ah!... Don Miguel.

Juana. ¡Y al nombrarle
 Me pone usted ese gesto!

¿Con que ya no hay esperanza
 Para él?

Elisa. Ya ves; acepto
 La mano de otro...

Juana. Es decir
 Que cual humo se ha deshecho
 El antiguo amor...

Elisa. ¡Amor!
 Aquello fué un pasatiempo.

Me agradaba su figura,

Su uniforme, su despejo...

¿Qué sé yo? Me complacía

En bailar con él y creo

Que no me sonaban mal

En su boca los requiebros.

Quizá también de la mía

Se deslizó en un momento

De imprudencia alguna frase

Que halagara sus deseos;

Mas yo no perdí el color

Ni el apetito ni el sueño,

Síntomas averiguados

De un cariño verdadero;

Y él por su parte, á pesar

De que hacía mil extremos,

Nunca llegó seriamente